

KARL BARTH, *Gespräche 1964-1968* (Hg. E. Busch; Gesamtausgabe IV/28), Theologischer Verlag Zürich 1997, XVII + 646 pp., ISBN 3-290-17136-1; *Predigten 1916* (Hg. H. Schmidt; Gesamtausgabe I/29), Theologischer Verlag Zürich 1998, XIV + 471 pp., ISBN 3-290-17141-8.

La coincidencia hace que nos lleguen al mismo tiempo estos dos tomos, que continúan la meritoria labor de publicación de la obra completa del gran teólogo reformado. Lo que tiene de curioso la coincidencia es que uno y otro documentan, referidos a géneros muy diversos, el extremo comienzo y el extremo final de su vida. El orden de la edición invierte el cronológico. Respetándolo, nos encontramos en primer lugar con el grueso volumen de «Conversaciones». Bajo este nombre genérico se han agrupado manifestaciones verbales de Barth: diálogos públicos, entrevistas para los medios, mesas redondas y similares. Su característica común es la espontaneidad: no cuentan con el apoyo y defensa que proporcionan unos papeles; muchas veces ni siquiera estaba previsto el tema. Pero quien únicamente resaltara este valor incurriría en un engaño. Cierzo que las fieles transcripciones nos ponen ante los ojos a un Barth de cuerpo entero (hasta sus gruñidos) con su ironía, también sobre sí mismo, su sabiduría, su peculiar forma de lanzarse a la arena o de echar mano de expresiones muy coloquiales. Pero el teólogo sabe muy bien lo que quiere decir y lo que quiere callar; qué términos usar y cómo conducir o reconducir el diálogo hacia lo que le interesa. La innegable espontaneidad va unida a una profunda y seria intencionalidad. La manifestación suprema de esta difícil simbiosis es la declaración que Barth, regresado a casa después de un coloquio nada menos que sobre la «Dei Verbum» y sus temas, hace sobre el enfoque deliberadamente ecuménico que había querido dar a su intervención. Y en todo ello, teología por todas partes: tomas de postura del mayor interés para el conocedor de las personas y de las corrientes que en esos escasos cuatro años estaban en juego (por ejemplo, su neto y enfático distanciamiento de Pannenberg a propósito de la teoría de éste sobre la revelación en la historia). La nota emotiva se une a la teológica: aquí están las palabras de la conversación telefónica de Barth con su amigo y compañero de tantas andanzas teológicas E. Thurneysen a última hora de la tarde del 9 de diciembre de 1968. Un comentario sobre la situación del mundo que aquél concluía con la exclamación: «Dios no nos deja caer, a ninguno de nosotros como ni a todos nosotros juntos. ¡Alguien tiene el mando!» En la madrugada siguiente, su ayudante E. Busch, editor de este volumen, encontraba al anciano teólogo muerto en su cama.

Los sermones nos trasladan al otro cabo de su vida. Desde el 1 de enero al 31 de diciembre, exactamente 53 piezas (referidas a los domingos y otros días señalados del año litúrgico, como témporas, confirmación, viernes santo) dan cuenta de un aspecto de la labor pastoral del joven párroco en Safenwil, la comunidad en la que trabajaba desde hacía cinco años, y en la que hacía tres había contraído matrimonio. Todas las homilias habían sido cuidadosamente escritas por el pastor; de algunas que le merecían especial interés había cuidado él mismo la impresión. Por otros datos biográficos conocemos tanto la extraordinaria diligencia que ponía en su preparación como su perplejidad (no exenta de comprensión, por cierto) cuando se veía obligado a constatar que sus feligreses preferían tomar el sol en

la plaza mejor que entrar a celebrar los oficios y escucharle. Falta todavía un tiempo para la gran eclosión que supondrá la *Carta a los Romanos*; pero el lector no puede ignorar —y hay rasgos aquí y allá que se encargan de recordárselo— que es en este marco, con estas vivencias pastorales y las reflexiones teológicas que las acompañaban, donde se está gestando el tremendo cambio teológico, y las consiguientes mutaciones en la vida del propio Barth, decisivas para él y para tantos otros, que entonces no se podía ni sospechar. De acuerdo con su propio testimonio (rebatido, sin embargo, por algunos estudiosos), fue la entrada de Prusia en la guerra de 1914 lo que desencadenó, como factor externo, la decepción de Barth sobre la teología que había recibido y la puesta en marcha hacia concepciones radicalmente distintas. Escuchando sus homilías de 1916, todavía la transformación no se hace perceptible, quizá porque los textos bíblicos comentados no son los que más se prestan a ello; pero de todas maneras somos conscientes de estar recibiendo los últimos ecos de un mundo de planteamientos que pronto se va a declarar expresamente caduco y teológicamente equivocado. Ambos libros, como todos los de la Gesamtausgabe, son irreprochables en sus aspectos técnico-editoriales.—
 JOSÉ J. ALEMANY.

JAN ROHLS, *Protestantische Theologie der Neuzeit*, Band 1: Die Voraussetzungen und das 19. Jahrhundert, XXIV + 892 pp., ISBN 3-16-146660-8; Band II: Das 20. Jahrhundert, XII + 882 pp., ISBN 3-16-146644-6, J. C. B. Mohr, Tübingen 1997.

La gran presentación de la teología protestante que lleva a cabo Rohls se extiende desde la Ilustración hasta entrada la segunda mitad del siglo xx; desde Kant hasta Jüngel y Pannenberg. Hay que decir que «protestante» debe ser entendido básicamente como «alemana»: aunque es cierto que se asoma a otras áreas del protestantismo europeo y norteamericano, pero en general para leer en ellas elementos, por otra parte muy iluminadores y cuya mención es importante, del marco político y cultural que explica el surgimiento de determinadas corrientes teológicas. En un capítulo inicial se presentan los precedentes de la teología protestante moderna, abarcando desde la Reforma hasta la Ilustración. Como rasgo llamativo en el conjunto de la exposición hay que mencionar el de su objetividad. El desarrollo sigue más el esquema de hacer desfilar autores y sus obras principales que el de atender a la evolución de los tópicos dogmáticos o teológicos en general. Al hacerlo así, los resúmenes de las obras dan cuenta de las posturas sin introducir valoraciones, sino atendiendo a que tales resúmenes sean expresivos por sí mismos respecto de los contenidos a que se refieren y de su solidez o plausibilidad. Sí se tiene en cuenta el enlace lógico o causal entre las preocupaciones teológicas de unos tiempos o autores y las de sus contemporáneos o sucesores. Unas pocas líneas al margen de cada uno de los párrafos sintetizan su contenido y facilitan extraer su idea principal.—
 JOSÉ J. ALEMANY.